

Las tres montañas de nieve que acabo de nombrar eran las únicas que quedaban iluminadas mas allá de un primer término sombrío y brumoso ya, y por un efecto singular, la luz reflejada oblicuamente en el Jungfrau le daba el aspecto de una montaña de la luna, de uno de esos vastos cráteres blancos circulares y orlados de una sombra negra sesgada. Doce minutos hacia que el sol había desaparecido de la llanura de Interlaken cuando el último pico del Eiger perdió su blancura adquiriendo un tinte sonrosado; un minuto después la perdió el Monch, y dos mas tarde la montaña del Jungfrau, virgen bañada en el azul del cielo, que durante algun tiempo continuó descolando en él, ligeramente teñida de un suave matiz de rosa pálida. Trascurrieron unos cuantos minutos, y los tres Alpes se iluminaron de nuevo, brillando como montañas sonrosadas; después, como si hubiera pasado un génio maléfico por las alturas de la atmósfera, parecieron morir tristemente, y perdieron sus animadas y risueñas tintas para envolverse en la sombría y verdosa palidez de un cadáver.

Yo había presenciado, según digo, aquella puesta de sol, después de la cual bajé al lago, desde mi observatorio improvisado en una colina de abetos, siguiendo el sendero que conduce á las ruinas de un antiguo castillo. Un puente de madera echado sobre el Aar atraviesa este rápido y solitario río. Hacíase de noche. Las enormes esquilas suspendidas del cuello de las vacas diseminaban á lo lejos las notas sonoras de su timbre pastoril. El silvestre perfume de las plantas alpestres descendía á la llanura en alas de una brisa imperceptible. Parecía como si un inmenso recogimiento envolviese á la naturaleza entera, mientras que el viandante, aislado en aquellas campiñas, no podía menos de pensar con melancolía en la sucesión rápida y fatal de los días, de las estaciones y de los años.

De repente, al volver un sendero flanqueado de malezas y arbustos, mi vista,

limitada hasta entonces por estos obstáculos, descubrió el panorama entero del lago, de la llanura, de los cañaverales, de las colinas pobladas de árboles, y allá, en el fondo del cuadro, á muchas leguas de distancia, los tres gigantes blancos de pié en el cielo.

Si, el Monje, el Aguila y la Virgen, semejantes á tres gigantes impasibles, estaban allí, silenciosos, enhiestos, con su frente sumergida en las alturas, la cabeza coronada de nieves eternas, contemplando cómo se suceden en torno suyo las cosas efímeras, y dominándolo todo así por su edad como por su estatura. A su derecha flotaba una estrecha media luna como un hilo de plata fluido y trasparente. Empezaban á brillar en los cielos las mas hermosas estrellas.... ¿Qué pintura, qué descripción será capaz de reproducir semejantes momentos para el alma que no los ha sentido? Tan solo la música, la suave melodía de la mente pensativa, podría reproducir en nuestra imaginación su impresión desvanecida. Quizás *La Tarde* de Gounod despertaría en el fondo del alma los sonidos escuchados por el solitario espíritu en esos momentos en que el silencio de la naturaleza está lleno de elocuencia!

La iluminación de los Alpes es un espectáculo admirado hace mucho tiempo: una de sus manifestaciones mas brillantes es sin duda la que tiene lugar en la mole del Monte Blanco, vista desde Ginebra.

El sol, desde el momento del contacto de su borde inferior con la cresta del Jura hasta la desaparición total de su borde superior, invierte por término medio 3 minutos 15 segundos para ocultarse en Ginebra, lo menos 3 minutos, y lo mas 3 y medio. Una vez desaparecido dicho astro, el cielo continúa brillando al oeste, si está sereno, con una luz blanca, ó si acaso teñida ligeramente de un matiz amarillento. Si hay esparcidas algunas nubes, sus bordes aun iluminados se coloran vivamente de un amarillo de oro, ó de un tinte anaranjado ó rojo; mas el

cielo no participa, en los intervalos que aquellas dejan entre sí, de tan vivos colores, sino que continúa blanco, sin experimentar ningún cambio notable, excepción hecha de cierta disminución en la intensidad de la luz.

La sombra sube rápidamente por el flanco de la cordillera, dice Necker de Saussure, en una excelente descripción de este efecto crepuscular; desvanécese lo encendido de las tintas, siendo reemplazado por un matiz sombrío, uniforme y macilento, y á esta brusca transición de un estado á otro tan diferente se debe que pueda apreciarse con seguridad el momento preciso en que debe cesar la claridad en cada punto. Esta extensión progresiva del dominio de la sombra va acompañada de un aumento aparente en el brillo, la vivacidad y la coloración de las partes aun iluminadas, producido por el contraste. Entonces las nieves de las montañas remotas y alumbradas por los últimos fulgores del sol adquieren un color amarillo anaranjado vivo, y sus peñascos un tinte anaranjado rojizo. Cuando los contrafuertes de los Alpes, que no llegan á la región de las nieves eternas, se hallan envueltos por completo en la oscuridad, las rocas, y sobre todo las nieves de la cadena central, ofrecen un tono mas intenso y mas rojo siempre; en las nieves, este rojo es aurora; en los peñascos una tinta análoga, pero algo agrisada. Penetradas nieves y rocas por esta claridad, armonízanse sus diversos matices de un modo sumamente agradable á la vista. La parte de cielo en que dichas montañas se proyectan, elevada 3 ó 4 grados sobre el horizonte, presenta ya un color ligeramente rojizo, que desde entonces va aumentando siempre en fuerza é intensidad.

Unos 23 ó 24 minutos después de la puesta del sol, la sombra ha llegado á la cima nevada mas baja de la cadena central, á la cúspide de nieve del Buet, de 3,075 metros de elevación, y distante 12 leguas de Ginebra; tres minutos después, ó sean 27 después del ocaso, alcanza la cima de la Aguja-

Verde, á 4,080 metros de altura absoluta. Entonces es cuando el Monte Blanco, único iluminado mientras todo el resto de la superficie de la tierra queda ya sepultado en la sombra, parece brillar con los mas vivos destellos de un rojo anaranjado, y en algunas ocasiones, con un rojo tan vivo como un áscua. Entonces se le tomaría por un cuerpo extraño á la tierra. Un minuto mas tarde se oscurece la Cúpula de la Merienda, que forma parte de él, y por último, unos 29 minutos después de haberse ocultado el sol para el llano, se pone para la cumbre del Monte Blanco, colocada á 4,815 metros de altura absoluta, y distante 15 leguas.

Desde el momento en que la sombra se ha extendido por las cimas nevadas, y empezando por el Buet, se va efectuando un cambio sorprendente en el aspecto de cada una de ellas, á medida que se oscurecen. Aquellos colores tan vivos y brillantes, aquel efecto tan armonioso de iluminación y de coloración que confundía las nieves y las rocas en un mismo tinte aurora del que solo presentaban sencillos matices, se han ido desvaneciendo para ceder el puesto á un aspecto que puede llamarse verdaderamente cadavérico, pues nada se asemeja mas al contraste entre la vida y la muerte que ofrece el rostro humano, que ese paso de la luz del día á la sombra de la noche en tan altas montañas. Entonces las nieves se han vuelto de un blanco empañado y lívido, las fajas y los picos de las rocas que las atraviesan ó que asoman á través de ellas adquieren tintas grises ó azuladas, contrastando de un modo duro con el blanco mate de las primeras. Todo efecto ha cesado, todo relieve ha desaparecido; nada de claro oscuro, nada de contornos suaves; la montaña se ha aplanado asemejándose á un muro vertical. El tono general del color se ha vuelto tan frío y tan rudo como vivo y encendido era momentos antes.

Esta rápida transición á dos estados tan diferentes es la que de mucho tiempo acá hace que la puesta del sol en la inmensa

masa nevada del Monte Blanco sea un espectáculo en extremo interesante, no ya para los extranjeros, sino hasta para los que, nacidos al pié de dicha montaña, y por lo tanto acostumbrados sin duda á contemplarlo, no se cansan de admirarlo á pesar de esto. Pero á los dos anteriores sucede todavía un tercer efecto de luz que aumenta el interés de semejante contemplacion.

La parte de cielo inmediata á dichos montes, en la cual se proyectan estos, y que segun hemos observado tiene un tinte rojizo, ha tomado despues de la decoloracion y oscurecimiento de las montañas un brillo cada vez mas vivo y un color cada vez mas rojo. Si se continúa observándolo atentamente, se vé que, uno ó dos minutos despues de haberse extinguido la luz en la cima del Monte Blanco, aparece en la parte inferior de aquel cielo rojizo una zona horizontal oscura, azul, primero muy estrecha pero que luego aumenta rápidamente de altura y parece impeler hácia arriba los vapores rojos cuyo sitio pasa á ocupar. Aquella faja es la sombra que cubre las regiones mas elevadas de la atmósfera de las comarcas situadas á lo léjos detrás de las montañas.

En fin, cuando la zona horizontal azul ha rebasado la cima del Monte Blanco, ó sea cuando han transcurrido por término medio 33 minutos desde que el sol se ha ocultado para el llano, se vé que las nieves se coloran de nuevo, recobrando en cierto modo la vida; que las montañas toman otro relieve, un tono mas vivo, un tinte anaranjado, aunque bastante mas débil que antes de la puesta del sol; y que desaparecen los contrastes entre las rocas y las nieves, adquiriendo las primeras un color mas vivo y mas amarillo y armonizándose de nuevo con las segundas. Poco á poco, este mismo efecto tiene lugar en las montañas mas próximas, continuando así hasta que cierra completamente la noche.

Pero por sorprendente que sea el ocaso del sol en las montañas, me parece mucho mas magnífico en el mar. El astro inflama-

do descendiendo majestuosamente hácia la líquida llanura, y lo infinito de los mares parece responder á lo infinito de los movimientos celestes.

La reflexion de la luz en las moléculas atmosféricas, que constituye la suave y variable claridad difundida por el espacio aéreo, nos ofrece á cada momento una escena de contemplacion renovada sin cesar, porque proporciona al mundo terrestre su mas preciado adorno y su mas resplandeciente belleza. Los planetas desprovistos de atmósfera desconocen tan espléndida riqueza, y en cambio, nosotros pasamos por lo comun con la mayor indiferencia ante los mas admirables espectáculos sin dejar que nuestra mente se recree en las maravillas que nos ofrece á cada paso la contemplacion de nuestro mundo.

En el seno mismo de las ciudades populosas, entre las paredes vulgares y las calles rectas de las poblaciones, hay á veces magníficos efectos de luz, á dos pasos de los bulevares; allí donde el hombre no los buscaria: ¡tan fecunda y generosa es la naturaleza en la distribucion de sus dones! A veces he tenido en París las mismas impresiones que en los Alpes ó en las nubes. En varias ocasiones al atravesar el Sena, y á pesar de los ómnibus vulgares y de los atareados transeuntes, ha llamado mi atencion un rayo lejano de sol que proyectaba detrás de los edificios palpitantes fulgores rojos. Hay cuadros en los que no puede prescindirse de fijar la mirada. El paseante que vaga por las orillas del Sena, al este de la bulliciosa ciudad, por esos muelles solitarios inmediatos á la embocadura del canal, vé ante sí como si saliera de las aguas, la elevada, imponente y sombría silueta de Nuestra Señora, cuyas torres cuadradas dominan régicamente el espacio, y cuya vellea atraviesa el cielo. Mas al sur, y descolando sobre los mil techos de la montaña de Santa Genoveva, vé la cúpula del Panteon gravitando en su columnata y elevan-

do al aire su bóveda pagana que recuerda la Roma politeísta. El rio hace rodar sus lentas ondas hácia la basilica cristiana, encerrándola en su isla, y de hora en hora transporta lentamente sus aguas hácia poniente, hácia el mar donde todo se precipita. Es difícil contemplar este panorama de París á la luz del crepúsculo, sin echar de ver la gracia y la dulzura que difunde en todas las cosas la claridad atmosférica, cuyo fluido etéreo baña y acaricia los contornos de los vetustos edificios. Y, sin embargo, en este sencillo espectáculo solo descuellan dos objetos: la iglesia de la edad media con sus recuerdos históricos; el monumento de la pátria con su símbolo aun no realizado; pero ese revestimiento general de la luz atmosférica, esas ondas vagamente seguidas con la vista y con el pensamiento hasta el Louvre, el silencio de aquellas regiones y hasta el ruido monótono de una esclusa, todo este conjunto, en fin, forma, en el mismo París y para los que lo saben ver, uno de los conmovedores espectáculos de la naturaleza, fecundo en meditaciones sobre la duracion de los edificios humanos y contrastando con la duracion efimera de nuestra vida que, semejante á las moléculas de agua del rio, no hace mas que encaminarse directamente hácia la muerte.

El sol poniente va casi siempre acompañado de esas nubes *cirro-cumuli*, de que hablábamos hace poco, y que vistas desde el puente de las Artes en París, y hácia el occidente, ofrecen esos celajes célebres por su belleza. Aquellas nubes que vemos desde París se ciernen sobre el mar, mas allá de las costas normandas, elevadas á 3 kilómetros sobre el Océano y formadas de hielo y nieve, aun en el mes de julio; ellas son las que producen esas figuras variadas de montañas, peces, animales y seres fantásticos que se contemplan con gusto á la caída de la tarde, sobre un fondo brillante y enriquecido con todas las tintas que resultan de la difraccion de la luz.

A las meditaciones precedentes podemos

añadir una observacion general, sumamente curiosa, relativa á la influencia de la luz vespertina en la construccion de las ciudades. Estas se ensanchan en sentido occidental. París, cuya cuna es la isla de la Cité, ha manifestado constantemente, á medida que se ha ido ensanchando, cierta tendencia dominante hácia el oeste. Hace 2,000 años se asentaba en la vertiente noreste de la montaña de Santa Genoveva. En tiempo de los reyes Merovingios, descendiendo, empieza su marcha hácia el occidente, constituyendo la Cité; su meridiano era la larga y única calle sud-norte que se llama Santiago al sur y San Martin al norte. Mas adelante se construyen el Palacio de Justicia y la Santa Capilla. Trascurren los siglos: el Louvre y la Torre de Nesle han visto desaparecer la cadena de hierro que cerraba la capital en aquel punto del rio, y los Campos Eliseos, desde la Magdalena hasta los Inválidos, empezaron á formar sus primitivas alamedas. Construyóse despues el barrio de la Estrella y Passy: hoy tenemos el bosque de Boulogne, y el elegante París se prolonga hasta Saint Cloud. La clase pudiente tiene una tendencia pronunciada á dirigirse hácia el ocaso del sol, dejando el lado opuesto para las diferentes industrias y las clases trabajadoras. Y esta observacion no se refiere tan solo á París, sino á la mayoría de las grandes ciudades, como Lóndres, Viena, Berlin, San Petersburgo, Turin, Lieja, Tolosa, Montpellier, Caen, etc., y hasta Pompeya.

¿De qué procede semejante tendencia?— Un caso tan general no puede depender de la casualidad. ¿Es el curso del Sena el que ha empujado á París hácia el oeste? No. El Támesis corre en sentido contrario, y Lóndres se ha ensanchado en sentido occidental como París. Quince años hace que el doctor Junod (*Actas de la Academia de Ciencias*, 1858) quiso explicar el hecho diciendo que el viento Este es el que eleva mas la columna barométrica, que el del Oeste la baja mas, y presenta el inconveniente de

llevar consigo á los barrios situados al Este de las ciudades los gases deletéreos, de suerte que la parte oriental de una gran ciudad no tan solo soporta sus propios vapores y sus miasmas, sino tambien los de la parte occidental. No hay inconveniente en admitir que la poblacion se dirige con preferencia al aire puro, y hácia el lado por donde el viento sopla mas frecuentemente.

Pero el viento no es el mismo en todos los paises. En cuanto á mí, creo ver mas bien en esta circunstancia una prueba de la atraccion de la luz; y la deducccion es óbvia. Obsérvase que las personas acomodadas suelen pasear por la tarde, y no por la mañana; y ¿á dónde dirigen sus paseos por la tarde, desde cualquier punto en que se encuentren? Siempre en busca de los bellos espectáculos que ofrece el cielo al ponerse el sol. Esta direccion general induce á crear paseos, quintas, casas de recreo, y poco á poco se extiende en dicho sentido la poblacion acomodada de las grandes ciudades.

La naturaleza ejerce constantemente en nosotros una influencia muda, pero irresistible. La composicion química del aire, su estado fisico, su transparencia óptica, sus variaciones de luz y de sombra, el viento, las nubes, la periodicidad de las mañanas y de las tardes, de los dias y de las noches, de las estaciones, de los años mudables y renovados, todo cuanto nos rodea, todo lo que nos sostiene, la tierra, el agua, la planta, el terreno, la densidad de las sustancias que constituyen así el planeta

como nuestros propios cuerpos, la gravedad, el calor, las diferentes fuerzas que mueven el mundo, en una palabra, todos los agentes de la naturaleza, ejercen una incesante influencia en nosotros sin que nos demos cuenta de ella. Ellos son los que han compuesto la organizacion de la vida en la Tierra; ellos los que la mantienen. Nosotros vamos guiados, cual rebaños parásitos diseminados por la superficie de este planeta, á los campos del Cielo por una mano soberana que no vemos, por un destino que ignoramos. Todos nos agitamos aquí, corremos desalados, sostenemos las luchas de la vida, nos revolvemos sin cesar como las hormigas en los campos y en las veredas de sus hormigueros; y todas las especies animales trabajan lo mismo que la especie humana, y las plantas tambien nacen, crecen, florecen, fructifican y mueren; y los objetos inanimados siguen asimismo su curso, el viento circula, el vapor de agua se remonta á las nubes, la lluvia cae, el rio baja hácia el mar, y la misma Tierra corre con una rapidez incalculable.... ¿hácia qué? ¿porqué? ¿Qué significa esa agitacion universal é infatigable?—Ignoramos el objeto y el fin de esa creacion incomprendible; pero lo que si sabemos es que ese movimiento constituye la grandeza y la vida de la naturaleza. Es preciso que nos resignemos á no ver mas que la actualidad. Estudiémosla, pues, porque es el mayor goce de la vida, y porque al estudiar la naturaleza de quien somos hijos, aprendemos á conocernos exactamente á nosotros mismos.

CAPÍTULO III

LA NOCHE

La paz profunda descende de los cielos, y los últimos rumores del dia van perdiéndose en lontananza. La naturaleza enmudece, sumida en un profundo recogimiento. En las sombrías alamedas de los bosques solo reina una ténue claridad difundida en la atmósfera del crepúsculo. El ruisenior eleva al cielo su tierna é infatigable cancion de amor, que resuena en las soledades y vuela en forma de lípidas perlas. Un hábito perfumado órea las colinas, y la transparencia del cielo no permite todavía que brillen en su penumbra sino Vénus á poniente y Júpiter sobre nuestras cabezas. Esta es la hora, encantadora mas que otra alguna, en que las fuerzas misteriosas de la naturaleza parecen adormecerse, convidando á las expansiones íntimas al jóven corazon henchido de una sávia ardiente, en el que se despierta la aspiracion hácia lo bello, lo grande, lo ideal. El mundo aparece por un momento trasformado. Ningun ruido, ninguna agitacion, ningun esfuerzo bélico ó tempestuoso se nota entre los séres. El océano se convierte en lago, y los campos ostentan con tranquila dulzura la senda de los paseos solitarios. ¡Oh noche silenciosa y reflexiva, cuyas vastas alas nos dejan á su paso el fantástico ensueño y el olvido de las preocupaciones materiales! ¡Cuánta gratitud te deben las almas que has arrullado en medio de enajenamientos celestiales! Y al mismo tiempo ¡cuántas

penas, cuántos dolores ha mitigado el sueño, adormeciéndolos! ¡Cuántas zozobras ha disipado, cuántas desesperaciones ha sabido reemplazar con el benéfico reposo y con las inesperadas promesas de la risueña esperanza!

Yo amo con pasion la Noche sublime, que posee la singular facultad de sustituir de tal modo el mundo del pensamiento íntimo al de la grosera materia, y de abrir el panorama de los cielos á la escrutadora mirada, ávida de conocer los otros mundos, invisibles durante la luz del dia. Sin embargo, lo que mas me sorprende y me admira es la idea de que para producir tan asombrosa trasformacion en la tierra, la naturaleza no tiene mas que hacer sino elevar el horizonte por encima del sitio del sol, y que en virtud de esta simple inflexion de la esfera, el mundo moral sufra una metamorfosis no menos completa que la del fisico. Lo que me llena de asombro sobre todo es ver que durante la noche silenciosa, originada por la rotacion del globo, las fuerzas incesantes del universo continúan su tarea, arrastrando nuestro planeta por el vacío del desierto eterno,—impeliéndole con la energía de su severa potencia atractiva á través de los múltiples movimientos de que es juguete—haciéndole recorrer 26,800 leguas por hora,..... mientras dormimos ó soñamos mecidos maternalmente por la callada y dulce noche,